

**Juan José Millás**

Articuentos completos



Por fin, los articuentos completos de Juan José Millás, ese género de su invención que define como «crónicas del surrealismo cotidiano dosificadas en perlas». Y con ellos llega el sobresalto, la carcajada y el regusto placentero provocado por la irrupción de lo inaudito en una realidad que conocemos bien... o eso pensábamos. Si el más exhaustivo de los archivos gastronómicos tuviera un equivalente literario, se parecería a este libro. Los articuentos resucitarán tu matrimonio, con ellos oirás el viento de tu historia personal cuando vayas a buscar hielo durante una fiesta y, al ir a dormir, mirarás de reojo tu ropa en el galán de noche, por si acaso... ¿Para qué sirve un articuento? Para reavivar el lenguaje, para ensayar nuevas fórmulas entre la realidad y la ficción, para renovar el ojo crítico, la mente abierta y la risa aparentemente fácil... Para buscar la verdad y encontrarla. Pero, sobre todo, para hacerse adicto a ese mundo paralelo que sólo el maestro Millás es capaz de vislumbrar.

## PRÓLOGO

*Al concebir este volumen, decidí eliminar los articuentos que guardaran alguna relación con un tipo de actualidad perecedera ya que, al expirar esa actualidad, el articuento referido a ella se había quedado también un poco rígido. El rigor mortis me gustaba por un lado y me disgustaba por otro. Me gustaba porque soy aficionado a coleccionar carcasas de animales dotados de exoesqueleto, pero me disgustaba porque la desaparición de las partes blandas, lejos de potenciar su sentido, como ocurre con los restos de los escarabajos, atentaba contra él.*

*También decidí suprimir aquellos textos que, pese a su intemporalidad, ya no me parecían conmovedores. En esta segunda criba, cuando había disparidad de juicios entre la editora y yo, prevaleció siempre mi opinión, que fue más cruel que indulgente. Aun así, ha quedado un volumen algo incómodo para leer en la cama, aunque apto para ser utilizado como almohada.*

*Frente a la duda de ordenar los articuentos por la fecha de nacimiento o por sus temas, opté por lo segundo, pues siendo la clasificación temática tan arbitraria como la cronológica (¿de verdad las cosas ocurren unas después de otras?), tiene sobre ésta una ventaja que acabo de olvidar mientras me deslizaba frase abajo.*

*Los presentes textos nacieron de un estado de necesidad tal que su ausencia, de no haber sido escritos, ocuparía más espacio que el libro que sostienes ahora entre las manos. Arrebatas al conjunto de mi obra los articuentos y es como si le extirparas el hígado a un señor. Tan vitales resul-*

*tan que, debido al título concluyente que se les ha asignado (en lo de Articuentos completos ganó la batalla mi editora), es muy posible que dedique los próximos años a escribirlos de nuevo punto por punto y letra por letra, para no repetirme. Salud.*

JUAN JOSÉ MILLÁS

# CUERPO

## Los pobres

Dice David Bodanis en *Los secretos de una casa* que cuando vamos del dormitorio a la cocina, el roce de los pantalones hace que se desprendan de la piel millones de escamas muertas de las que se alimentan universos enteros de bacterias y ácaros que viven en la alfombra del pasillo. La realidad está llena de seres microscópicos que dependen de nuestro sudor, de nuestra caspa. Así, cada vez que nos peinamos, colonias enteras de microorganismos, cuya patria es la moqueta del cuarto de baño, permanecen con la boca abierta hacia el cielo esperando ese raro maná que les envían los dioses.

También según Bodanis, basta un gesto inconsciente, como el de abandonar el periódico sobre la mesa de la cocina, para destruir civilizaciones enteras de neumomonas que viven en las grietas de la madera. Lo que llamamos polvo está compuesto en realidad de un conjunto de partículas, entre las que se incluyen esqueletos de ácaros, patas de insectos diminutos, excrementos infinitesimales y las células muertas de nuestra piel. Todo eso flota en el aire, a nuestro alrededor. Si no nos espantamos de ello, es porque no lo vemos. Sin embargo, quizá la realidad visible no sea muy distinta: el 80 por ciento de la población mundial está constituido por pobres que no vemos, aunque ellos viven con la boca abierta, como bacterias, esperando que les caiga algo de nuestros cubos de basura: viven de las escamas muertas que desprendemos al andar. Y cada vez que realizamos un gesto cotidiano, como el de firmar un tratado de libre comercio o solicitar un préstamo a bajo interés, miles

de ellos perecen ahogados en la tinta de la pluma. A veces, desde los pelos de una alfombra fabricada en la India o desde el corazón de la selva Lacandona, nos llega un alarido que el fundamentalismo de la moderación no nos deja escuchar.

## Dios

En el campo suceden muchas cosas. Ahora mismo se ha detenido sobre el teclado del ordenador un saltamontes que mira con un ojo lo que escribo y con el otro me contempla a mí. Es evidente que no sabe lo que ve, pero no importa porque no mira para él, sino para alguien lejano: para Dios. Dios está ciego, de otro modo no se entiende que haya creado tantos ojos, y tan diferentes, para controlar el universo. La suma de la mirada del saltamontes y la mía arroja un resultado de superficies horadadas y cuerpos cavernosos por cuyos túneles se arrastra Dios intentando entender su creación.

Le grito al saltamontes que se aparte, pero no me oye. Quizá sea capaz de percibir el roce de una babosa sobre la hierba, pero no le llega mi voz, como a mí no me llega el ruido de su mandíbula al masticar. Los dos oídos para otro: para Dios, sin duda, que está sordo. Por eso ha llenado el mundo de los insectos, mamíferos, aves y reptiles que graban toda clase de sonidos y conversaciones para él. La suma de lo que recogen mis oídos y los del saltamontes es la sinfonía con la que se desayuna Dios, mientras huele la mañana con nuestro olfato.

El saltamontes ha recogido un resto orgánico del teclado del ordenador —quizá una escama microscópica de la yema de mis dedos— y lo mastica al tiempo que yo trago saliva. ¿Comeremos también para Dios?, me pregunto. Dios no soporta no tener estómago, por eso ha llenado el universo de abdómenes especializados en digerir para él. Dios carece de vista, tacto, oído, olfato, gusto. Quizá no



existe, así que para tapar esa carencia atroz ha llenado el universo de anélidos, lamelibranquios, vertebrados, acéfalos, reptiles... Todo te parece poco si no existes, y demasiado si un día, al asomarte a los ojos de un insecto, comprendes que aunque es él el que te mira, es otro el que te ve.

## Vesícula

Estaba intentando concentrarme en la escritura de un cuento circular cuando sonó el teléfono y una mujer preguntó si me habían quitado hace poco la vesícula. Dije que sí, claro, porque era la verdad. Entonces, la que hablaba se identificó y supe que se trataba de una novia de mi juventud que había devenido en patóloga. «Imagínate la gracia que me hizo cuando vi la etiqueta con tu nombre adherida a la víscera —dijo—, las vueltas que da la vida, ¿no? Habría pagado cualquier precio por tener tu corazón y años más tarde me envían gratuitamente tu vesícula.» «¿Cómo te ha llegado?», pregunté. «Como me llegan todas, en una especie de tartera refrigerada con una nota del cirujano pidiéndome que la analice.»

Mientras hablaba, entre la niebla de mi memoria se iba abriendo paso el rostro de la patóloga con veinte años menos de los que tendría ahora. Nos habíamos hecho novios al poco de que muriera Franco y habíamos roto después de que ganara las primeras elecciones Adolfo Suárez. A través de nuestra descomposición sentimental se podría haber contado la miseria de aquella época mucho mejor que con los recursos metodológicos de la historia. Y para quien aspirara a un sobresaliente, allí estaba aquella vesícula con un bulto cuyo diagnóstico dependía de mi pasado político. No era una situación agradable; la patóloga respiraba venganza.

Me resistí a preguntar por mi tumor, pero ella me contestó de todos modos. «No me gusta su aspecto —dijo—, me recuerda el de mi estado de ánimo cuando rompimos.»

«Esto no está nada bien —le imploré—, después de todo parece que sobreviviste.» «No te imaginas en qué condiciones», respondió antes de colgar. Por supuesto, no he recogido los análisis del mismo modo que no he leído nada sobre estos veinte años: hay cosas que se notan en la cara.

## Verano 3

Era la hora de la siesta y, de súbito, en medio del calor, sucedió una explosión universal a la que sólo sobrevivimos el hormiguero del jardín y yo. Pasados los primeros instantes de terror, y una vez resignado a la catástrofe, consumía el tiempo sentado en una piedra, observando las costumbres de las hormigas con la pena de no haber leído más atentamente a los mimecólogos de la época, cuando aún había hombres y libros sobre la superficie de la Tierra. De vez en cuando, alargaba la mano, tomaba un puñado de insectos y me los metía en la boca para aliviar las acometidas del hambre. La red formada por los pequeños seres se recomponía con una rapidez prodigiosa, en un proceso de cicatrización acelerado. Recibía todo lo que necesitaba, pues, instrucción y alimento, de las hormigas, que me enseñaron, entre otras cosas, la importancia de la rutina en la lucha contra el pánico. Con el tiempo, para variar mi dieta, aprendí a introducir en el hormiguero un palo largo y flexible, que salía lleno de larvas, que resultaron un manjar exquisito, muy rico en propiedades energéticas. Un día el hormiguero habló y dijo que ya era hora de devolverle lo que había tomado de él. Entonces sentí en la espalda un cosquilleo sobre el que me dejé caer como sobre una cama, y así, tumbado, con las manos sobre el pecho, a la manera de un cadáver, fui arrastrado hasta el agujero. En ese momento pasó un avión por encima de la siesta, me desperté de golpe y vi a un grupo de hormigas arrastrando a un saltamontes moribundo. Comprendí enseguida quién era el saltamontes, y al deslizarme por el cráter del hormi-

guero tuve una visión de la conciencia, que resultó ser un lugar oscuro, húmedo, lleno de galerías y de túneles. Esa noche fui devorado minuciosamente. Lo que sobró soy yo: esta cáscara llena de escrúpulos.

## El cordón

Si uniéramos todos los cordones umbilicales que han precedido al tuyo, sellando herméticamente sus junturas, obtendríamos una fontanería orgánica por la que una cucaracha podría llegar caminando hasta el primer vientre de la historia, saliendo a su superficie como por el sumidero de un lavabo. No es difícil vivir una experiencia parecida si se dispone de un pasillo largo. Te habrá ocurrido en alguna casa a la que habías sido invitado para celebrar una fiesta incomprensible, cuando al asomarte al pasillo, y atraído por el resplandor de la cocina, no pudiste controlar las ganas de internarte en él con la excusa de ir a buscar un hielo. Mucha gente se da la vuelta antes de llegar. Por eso se cruza uno con tantos invitados que regresan con la expresión y la copa vacías.

En cualquier caso, a medida que uno progresa por el interior del cordón, va transformándose en un insecto lleno de patas enormemente funcionales. Y cuando alcanza la cocina, si no se ha rendido antes, se encuentra allí con otros insectos que fuman o beben o intercambian feromonas con una naturalidad perturbadora. Dado que por lo general están ensimismados, uno puede ir de acá para allá, buscando restos de comida en los alrededores del fregadero sin llamar la atención. Una vez saciada el hambre, conviene asomarse de nuevo al cordón umbilical, es decir, al pasillo, y soplar con todas las fuerzas de que uno disponga para oír cómo el viento de la historia personal recorre ciego de furia los úteros de los que procedemos dando, como el soplo de Dios, vida (y en consecuencia muerte) a todo lo que toca.

Hay siempre un punto de tristeza en ese instante que coincide con la obtención del hielo, cuyo tacto te abrasará los dedos y el corazón.

Enseguida, tras lanzar una mirada melancólica al conjunto, vuelve uno en dirección contraria, hacia la fiesta. Y a medida que progresa va perdiendo patas y élitros, y se va irguiendo, de manera que llega al futuro convertido en un hombre, y como hombre que es negocia con sus semejantes, y en lugar de feromonas intercambia palabras; con suerte, ideas. De vez en cuando, todavía escucha aullar el viento a través del túnel y entonces le dan ganas de llorar.